

CANOPUS EN ARGOS

ARCHIVOS - 1

RE: PLANETA COLONIZADO

5

SHIKASTA

DORIS
LESSING

Johor enviado del planeta Canopus, somete a observación al planeta Shikasta, mucho más atrasado y bárbaro. Este planeta se encuentra al borde de la aniquilación a causa de las guerras, hambre, enfermedades y los desastres ambientales. Toda esta situación está ocasionada por la nefasta influencia del planeta Shammat, que persigue la destrucción de la civilización en el universo.

A mi padre
que se sentaba hora tras hora
a la puerta de nuestra casa,
en África, a mirar las estrellas.
«Bueno», decía, «Si alguna vez
destruimos el mundo,
¡hay muchos más de donde venimos!»

NOTA PRELIMINAR

EMPECÉ a escribir *Shikasta* creyendo que sería un volumen único e independiente, y que cuando la terminase habría agotado el tema. Pero a medida que escribía me iban invadiendo ideas nuevas, ideas para otras novelas, otras historias, y la alegría de sentir que se me abrían horizontes más vastos, más pródigos en posibilidades y asuntos. Había inventado —o descubierto— un mundo nuevo para mí, un reino donde los fútiles destinos de los planetas, y aún más los de los individuos, no son sino las fases sucesivas de una evolución cósmica, que se manifiesta en las rivalidades e interdependencias de los grandes imperios galácticos: Canopus, Sirius, y el enemigo de ambos, el Imperio Puttiora junto con Shammat, el planeta criminal. Me siento con libertad para ser tan experimental y tan tradicional a la vez como quiera serlo: el segundo volumen de la serie, *Los matrimonios entre las Zonas Tres, Cuatro y Cinco*, pese a haber resultado una fábula, un mito, es también, por extraño que parezca, una novela más realista.

Es hoy un lugar común decir que los escritores están rompiendo en todas partes los moldes de la novela realista, porque todo lo que vemos alrededor es cada día más extravagante, más fantástico, más inverosímil. En tiempos no lejanos cabía acusar a los novelistas de caer en la exageración, de abusar de la coincidencia y lo poco probable; en nuestros días es frecuente oír a los propios novelistas quejarse de que los hechos rivalizan con las invenciones más descabelladas.

En mi novela *Memorias de un sobreviviente*, por ejemplo, «inventé» un animal que era mitad gato y mitad perro, y algún tiempo después leí que los científicos estaban experimentando con ese híbrido.

Tengo, sí, la profunda convicción de que es posible —y no solo para los novelistas— «conectar» con una supramente, con un espíritu Ur, el inconsciente o como queráis llamarlo, y que esto explica las tan frecuentes improbabilidades y «coincidencias».

La vieja novela «realista» se transforma, a su vez, bajo la influencia de ese género que se ha dado en llamar, sin demasiado rigor, ficción del espacio. Hay quienes lamentan esta influencia. Estaba yo en los Estados Unidos dando una charla cuando la catedrática que presidía la sesión —cuyo iónico defecto bien podía ser el haberse atiborrado de cánones académicos— me interrumpió: «Si estuviese usted en mi clase, nunca aprobaría con lo que acaba de decir.» (No a todo el mundo, claro está, le haría esto gracia.) Lo que yo acababa de decir era que la ficción del espacio constituye, junto con la ciencia ficción, la rama más original de la literatura contemporánea; que es imaginativa e ingeniosa; que ha revitalizado ya todos los campos de la palabra escrita; y que los académicos y pontífices de las letras hacen mal en desdeñarla o ignorarla, aunque, claro está, siendo como son, no quepa esperar de ellos otra cosa. Este punto de vista parece estar convirtiéndose en la materia misma de la ortodoxia.

Pienso sinceramente que colocar en un estante una novela «seria» y en otro distinto *Los primeros y los últimos hombres*, por ejemplo, implica una actitud muy equivocada.

Qué acontecimiento, la eclosión de esos géneros, nacidos no se sabe de dónde y de repente, por supuesto, como cada vez que el entendimiento humano se ve obligado a ampliar sus fronteras: hoy hacia las estrellas y las galaxias, mañana quién sabe a dónde. Esos visionarios nos han traza-

do el mapa del mundo, de los mundos, han narrado como nadie lo que ahora está aconteciendo, y han descrito hace tiempo nuestro horrible presente, cuando todavía era el futuro y los portavoces oficiales de la ciencia proclamaban la imposibilidad de todas las cosas que hoy ocurren. Han tenido que desempeñar el indispensable y (por lo menos al comienzo) ingrato papel del hijo bastardo y menospreciado, capaz de decir verdades que los otros, los legítimos y respetables, no se atreven a revelar o, más probablemente, que su misma respetabilidad no les permite ver. Han explorado las literaturas sagradas del mundo con la misma audacia con que han llevado hasta sus lógicas conclusiones las hipótesis científicas y sociales, para que podamos examinarlas. ¡Qué gran deuda tenemos con ellos!

El punto de partida de *Shikasta*, como de tantas otras obras parecidas, es el Antiguo Testamento. Es frecuente que desdeñemos todo el Antiguo Testamento por el hecho de que Jehovah, o Jahvé, no piense ni se comporte como un asistente social. H. G. Wells decía que cuando un hombre eleva a Dios la mezquina súplica de «dame, dame, dame» se parece al lebrato que busca el calor del león en la oscuridad de la noche. O algo por el estilo.

En las literaturas sagradas de todas las razas y países hay mucho en común. Hasta se diría que son el producto de un único entendimiento. Me temo que cometemos un error cuando las desechemos como fósiles exóticos de un tiempo periclitado.

Dejando de lado el Popol Vuh, las tradiciones religiosas de los dogones, la epopeya de Gilgamesh y tantos otros textos hoy accesibles (a veces me pregunto si los jóvenes se darán cuenta de cuán extraordinaria y quizás efímera es la época que nos ha tocado vivir, en la que es posible encontrar en la librería más próxima cualquier libro imaginable) y, ateniéndonos a nuestro patrimonio y tradiciones propias, pienso que sería un ejercicio saludable y no carente de interés emprender la lectura del Antiguo Testamento —

que incluye, por supuesto, la Torah de los Judíos— y de los Apócrifos, así como de las demás obras de este tipo que estén a nuestro alcance y que en distintos lugares y épocas fueron anatemizadas, prohibidas o negadas; y a continuación, el Nuevo Testamento, y luego el Corán. Hasta hay quienes piensan que nunca hubo más que un solo Libro en el Oriente Medio.

Doris Lessing
7 de noviembre de 1978

**CANOPUS EN ARGOS: ARCHIVOS
PLANETA COLONIZADO 5**

SHIKASTA

DOCUMENTOS personales
psicológicos e históricos
relativos a la visita de JOHOR
(George Sherban)

Emisario Categoría 9
87° del Período de los Últimos Días

*En esta compilación de documentos donde se
presenta una visión general de la vida en Shikasta,
y que está destinada a los estudiantes de primer
año
de la administración Colonial Canopiana,
se ha elegido a JOHOR como exponente repre-
sentativo
de nuestros emisarios a ese planeta,
que fueron muchos y cumplieron múltiples fun-
ciones.*

JOHOR informa:

He sido enviado en misión a las colonias de muchos planetas. Estoy acostumbrado a toda clase de crisis. Me he visto envuelto en situaciones que amenazaban la supervivencia de una especie, o de programas específicos cuidadosamente elaborados. He sabido más de una vez lo que significa aceptar el fracaso, total e irreversible, de una iniciativa o de un experimento que afectaba a criaturas capaces de alcanzar el grado de evolución soñado y planeado... y de pronto, finis, ¡nada! El redoble de los tambores transmutándose en silencio.

Pero la capacidad de cortar por lo sano tiene poca relación con la tozuda paciencia que se necesita para resistir el desgaste, la lenta e insidiosa pérdida de sustancia a lo largo de siglos y milenios, cuando la luz que se vislumbra al final del camino es débil e incierta.

El desaliento tiene sus gradaciones y características. Yo diría que no siempre es inútil. No carece de interés consignar los estados de ánimo de un funcionario.

Soy un modesto miembro de las fuerzas operativas y, como tal, estoy obligado a hacer lo que se me ordena. No quiero decir que no tenga, como todos los demás, el derecho de decir ¡basta! Pero un conjunto de normas invisibles, un código tácito, nos lo impide: un código de Amor, lo llamaría yo. Así lo siento, en todo caso, y como yo muchos otros. Hay en nuestro Servicio Colonial quienes piensan de otra manera, todos lo sabemos. Al anotar aquí algunas reflexiones que quizá parezcan innecesarias, me propongo entre otras cosas justificar el sentimiento que al fin y al ca-

bo prevalece aún en Canopus: que Shikasta merece sin lugar a dudas el tiempo y los esfuerzos que le dedicamos.

En estas notas procuraré ser claro. Otros vendrán después que yo y estudiarán este testimonio como yo he estudiado tantas veces los testimonios de quienes me precedieron. Uno no siempre sabe, cuando describe en un informe un acontecimiento o un estado de ánimo, la impresión que causará a otra persona al cabo de diez mil años.

Las cosas cambian. Es lo único de que podemos estar seguros.

De todas mis embajadas, aquella primera en Shikasta fue la peor. Puedo decir con sinceridad que casi no he vuelto a recordarla. No he querido. Instalarse en una desgracia irreparable..., no, no conduce a nada.

Este es —ha sido siempre— un universo catastrófico: un universo sujeto a bruscas metamorfosis, conmociones y cataclismos, sin otra alegría que la cantinela de la materia, constantemente obligada a adoptar formas nuevas, apariencias distintas. Pero sobre Shikasta... no, nunca quise pensar en ella más de lo imprescindible. Nunca me preocupé por conocer a los otros emisarios del Servicio Colonial (y hubo miles y miles, sin embargo, enviados a Shikasta una y otra vez, porque nadie puede decir que Canopus ha desdeñado a ese desventurado planeta, nadie puede suponer que hayamos querido eludir responsabilidades), que partían y regresaban, y que como todos redactaban sus informes. Shikasta siempre ha estado y está presente en nuestro calendario de trabajo, el calendario cósmico. No es un sitio que uno pueda olvidar del todo, pues con frecuencia aparece en las noticias. Pero yo, personalmente, no «me mantuve en contacto», «informado». Tan pronto como presenté mi propio informe, no quise saber más. Y cuando me enviaron por segunda vez, en el Tiempo de la Destrucción de las Ciudades, para que informase sobre los resultados de una atrofia tan lenta y prolongada, me cuidé de que mis reflexiones no rebasaran los límites de mi cometido.

Y ahora, al volver otra vez al cabo del tiempo —¿habrán transcurrido en verdad tantos milenios?—, me he propuesto revivir mis recuerdos, recrearlos e incluirlos en mi testimonio cuando parezca conveniente.

NOTAS sobre el PLANETA SHIKASTA para GUÍA de los FUNCIONARIOS COLONIALES

De todos los planetas que hemos colonizado por completo o en parte, este es el más rico. Es decir, el de mayor potencial en cuanto a variedad, diversidad y abundancia de formas de vida. Y siempre ha sido así, a lo largo de las múltiples transformaciones que ese planeta —la expresión es exacta, por desgracia— ha sufrido. Shikasta tiende en todo a los extremos. Ha conocido, por ejemplo, períodos de desmesura: formas de vida gigantescas y de una diversidad casi inverosímil. También ha conocido períodos de infinita pequeñez. En ocasiones, estas fases han coexistido. Más de una vez la población de Shikasta ha incluido criaturas tan voluminosas que una sola era capaz de consumir el alimento y el espacio vital de centenares de seres coetáneos. Este ejemplo pertenece al plano de lo visible (hasta de lo dramático, se podría decir), ya que la economía del planeta es tal que allí cada especie vive a expensas de otra, y esta a su vez a expensas de una tercera, y así sucesivamente hasta el nivel más ínfimo, el subatómico. De esta forma de rapiña eslabonada, no siempre tienen conciencia las criaturas mismas, pues obsesionadas como están por lo que consumen, tienden a olvidar lo que a su vez las consume.

Una y otra vez, una convulsión súbita o un debilitamiento del precario equilibrio característico del planeta han desencadenado un cataclismo y Shikasta ha quedado, virtualmente, sin vestigios de vida. Una y otra vez ha vuelto a

transformarse en un hervidero de organismos vivos de las más variadas especies, cuya proliferación ha enfermado al planeta.

Shikasta es, sobre todo, un planeta de contrastes y contradicciones, a causa de sus compulsiones endémicas. El estado de tensión es el rasgo esencial de Shikasta, su fuerza y su debilidad.

Los enviados han de recordar en todo momento que no encontrarán en Shikasta las mismas cosas a que se han acostumbrado en otras partes de nuestros dominios, y con las que, en consecuencia, pretenden contar: largos períodos de estasis, eras de equilibrio armonioso y casi inmutable.

Los enviados han de someterse a una preparación completa. Los ajustes mentales que sean necesarios dependerán de ellos mismos de acuerdo con el material que encontrarán en la Sección Quinta del Edificio de Demostraciones Planetarias.

Por ejemplo. Quizá quieran detenerse frente a la Maqueta de Shikasta, escala 3, que reproduce las proporciones actuales. El diámetro de esa esfera, que podréis ver como la ven ellos en mapas y dispositivos cartográficos, es el de la talla media de la especie predominante. Observaréis que la mayor parte de la esfera está cubierta por un magma líquido. De esa película líquida depende la profusa vida de Shikasta. (El planeta no sabe nada de esa espuma de vida que hay en su superficie; tiene, como sabemos, una idea distinta de sí mismo. Pero de esto no nos ocuparemos ahora.) La finalidad del ejercicio es la siguiente: comprender que la proliferación de posibilidades orgánicas, esa exuberante cosecha en potencia que es Shikasta, depende, desde cierto punto de vista, de una porción de líquido tan exigua que cualquier estrella vagabunda podría bebérsela en un instante, y un cometa que pasara por las inmediaciones la desprendería lo mismo que se desprende la costra de barro de la pelota de un niño durante un juego.

¡Al fin y al cabo, un hecho que no carece de precedentes!

Por ejemplo. Tendréis que adaptaros a los distintos niveles de existencias que se extienden en capas concéntricas alrededor del planeta, seis en total. Ninguna os exigirá un esfuerzo excesivo, pues las atravesaréis muy de prisa. Ninguna excepto la última Capa, o Círculo, o Zona, la Zona Seis, que estudiaréis en detalle, pues pasaréis allí mucho tiempo cumpliendo las tareas previstas, las que solo pueden llevarse a cabo en esa Zona, la Zona Seis. Es una zona hostil, llena de peligros, aunque fáciles de superar, como lo prueba el que nunca hayamos perdido a ninguno de los centenares de emisarios que hemos enviado, ni siquiera los más bisoños e inexpertos. La Zona Seis puede intimidar al desprevenido con toda suerte de trabas, dilaciones y fatigas. Lo cual se debe al carácter mismo del lugar, que consiste en una emoción intensa; ellos le dicen «nostalgia», que significa el anhelo de lo que nunca ha existido, o al menos no con el aspecto y la forma que se imagina. Es un mundo de quimeras y fantasmas, el reino de lo inconcluso y lo frustrado; pero si uno está prevenido y se mantiene alerta, no habrá ningún problema insalvable.

Por ejemplo. Se aconseja irse familiarizando poco a poco con las distintas perspectivas en que se pueden observar las criaturas de Shikasta. Todas las dimensiones posibles en Shikasta se encuentran en las salas 1-100 de la Sección 31, desde el electrón hasta el Animal Dominante. La fascinación que ejercen esas perspectivas múltiples es un verdadero peligro. A escala del electrón, Shikasta aparece como un espacio vacío donde vibran casi imperceptiblemente unas formas neblinosas, frotis mínimos de materia, impulsos infinitesimales separados entre sí por vastos espacios. (El edificio más monumental de Shikasta se desmoronaría si se suprimieran los espacios entre los distintos electrones, y quedaría reducido a una sustancia minúscula, como la uña de un shikastiano.) La gama de *sonidos* shikastiana es una